

**CECILIA ANSALDO BRIONES,**  
***Apuestas críticas.***  
***Ensayos sobre literatura***  
***ecuatoriana***

Prólogo, selección y notas  
 de Raúl Serrano Sánchez,  
 Cuenca, Casa Editora, Universidad del  
 Azuay, 2025, 476 pp.  
<https://doi.org/10.32719/13900102.2026.60.11>

La trayectoria crítica de Cecilia Ansaldo se caracteriza por una relación singular con su público, que destaca por su número y fidelidad. Ni ella ni quienes la siguen (soy uno de ellos por décadas, y escribo esta nota desde la perspectiva del aprecio y la admiración) han concebido su labor como la de proporcionar materia teórica a sus escritos. Más bien, es reconocida por su capacidad para comentar con conocimiento de causa y brío sobre clásicos antiguos y contemporáneos, y muy en particular sobre escritores emergentes o libros nacionales con pocas posibilidades de canonicidad (problema que examina con un canon antiguo en la tercera sección), la ambicionen sus autores o no. Esta posición y su ética le permiten seguir siendo una voz elocuente, respetada por el calado y la claridad de sus análisis. Como tal, *Apuestas críticas. Ensayos sobre literatura ecuatoriana* (Cuenca: Casa Editora, Universidad del Azuay, 2025, 476 pp.) merece más que una reseña.

Su compromiso con la no ficción presenta matices y variaciones evidentes en los artículos, crónicas, ensayos, notas críticas y reseñas

que el crítico Raúl Serrano Sánchez ha seleccionado con rigor, con la pericia del escritor Cristóbal Zapata como custodio de la edición. Es significativo observar cómo —desde “Narradores destacados” advierte: “Que esa expectativa no se interprete como presión porque creemos, como Javier Vásconez, que en Ecuador algunos escritores se apresuran a publicar una obra inmadura” (73)— manifiesta esos visos y diferenciaciones, sin perder de vista su función vital como comentarista destacada y directa. Ansaldo no trabaja con la máxima actual de que, aunque la crítica revele todo, no muestra mucho. Las suyas son apuestas por lo positivo, en un momento precario para la interpretación y todo lo relacionado con el mundo literario.

Así, “Más allá de un lugar de la Mancha y de las trampas de la fe”, octava y última sección del libro, no desentona en una obra concentrada en literatura ecuatoriana porque los criterios que emplea —para explicar la riqueza y contemporaneidad de Martí o *Don Quijote*, y releer a Sor Juana según una lectura de género de Juan León Mera— son generalmente los mismos de las siete secciones previas, combinando filología renovada con oportuna crítica cosmopolita reciente. Vale por ende repetir una afortunada cita que Serrano toma de una entrevista con ella de 2015: “Creo que hoy la crítica literaria debe desprenderse de los niveles académicos y de especialización” (13).

Si se trata de las abundantes definiciones contemporáneas de la

crítica, exceptuando su asociación con la pastoralización de la política, en un apunte ahora incluido en ediciones actualizadas, y extraído del manuscrito de *¿Qué es la crítica?*, Michel Foucault (2018) asevera lo siguiente: “Digámoslo en una palabra: la crítica es la actitud de cuestionamiento del gobierno de los hombres entendido como el conjunto de *los efectos conjugados de verdad y poder*, y ello es en la forma de un combate que, a partir de una decisión individual, se asigna el objetivo de una salvación de conjunto” (énfasis añadido).

Esta definición es perifrástica y menos práctica que otras más despejadas que abogan por proveer veredictos explícitos, méritos y deméritos, orientación que privilegia Ansaldo.

Sin duda, el discurso interpretativo sobreteorizado puede contener chispazos ilustrativos, pero sabemos con ella que esa exegética es autoindulgente, no impresiona a los que sí han leído aquellas bases “teóricas” a fondo, y tiene valor para los convertidos, no para los que quieren aprender después de soportar la jergonza académica. Son raros los casos en que uno desea leer notas al pie, pero en el caso de Ansaldo, que son descriptivas y sin relleno académico (como en los textos más extensos de discursos de apertura, o los de la segunda parte), esas aclaraciones adicionales son empleadas sabiamente, haciendo más notable su diferencia con las generaciones recientes, a quienes les ahorra el trabajo histórico de captar lo que Monsiváis y Pacheco

llamaron, travesando con el título de una novela de Balzac, “las alusiones perdidas” por los inexpertos.

Esas condiciones son más evidentes en la sexta sección, “Escritoras de lo pequeño y lo grande”, y no se sabe si se puede atribuir la ironía del título a la autora o a Serrano y Zapata, aunque puede depender de por lo menos cinco factores: 1. hay varias autoras de similar nivel, 2. Ansaldo y sus lectores tienen todo derecho a exclusiones y a templar sus entusiasmos, 3. *Apuestas críticas* no pretende ser una historia de la reciente literatura nacional, 4. ¿se puede o debe seguir hablando de la literatura ecuatoriana como “menor” (sobre la base de Palacio, Ignacio Echevarría ha corregido severamente esa inseguridad y sensación de ser “invisible”)?, y 5. la condición que en varias publicaciones he explicado como “la condena de la edición nacional”, que hoy extendería a Colombia. Serrano, que señala más de una vez la generosidad de Ansaldo, explica con diplomacia y precisión: “Toca la coincidencia, otra vez, que algunas de las autoras [...] fueron alumnas de Ansaldo en los cursos que tenía a su cargo en la Universidad Católica de Guayaquil” (23), institución donde ella hizo uso de muchas de las obras crítica que menciona (por ejemplo, de Juan Valdano).

Matizando más, de esa sección son muy sólidas la obra de Gabriela Alemán y la promesa de Mónica Ojeda; aunque se echa de menos en “Lo pequeño también puede ser grande” la mención de obras antecesoras como *Invitados de honor*,

de Vásconez, y la muy traducida *Kazbek*, de Leonardo Valencia, que entretejen con sutileza lo local y lo global. En un balance de la más reciente (2025) FIL guayaquileña para *El Universo*, Ansaldo muestra —como hace al dedicarse a autores extranjeros— que es posible, y necesario, ser patriota sin ser xenófobo, trenzando lo local y lo global. Revela, como siguen precisando Valencia y pocos otros en medios locales, que los autores nacionales no son aquilataados en sus reales méritos porque, asevera, “la prensa tiene menos espacio para noticias culturales y las que circulan por internet llegan según a quién se siga”, borreguismo digital demasiado común. Ansaldo remata acertadamente que “lo importante es constatar que existe una profusa diversidad del culto literario. Que *no hay predominio de alguna generación sobre otras*” (énfasis añadido).

Si no se hace nada con esa diversidad, digamos difundir la obra de Velasco Mackenzie internacionalmente, la de Alemán (todavía subestimada, aunque traducida), y la de la generación de Luis Alberto Bravo, Sandra Araya, Gabriela Ponce o Carlos Vásconez (estos últimos ausentes en esta selección), esa diversidad implica desajustes y desencuentros, entre otros, supeditar a autores con mayor recepción internacional, verbigracia Vásconez y su celebrada *El viajero de Praga*, o Valencia con *El libro flotante de Caytran Dölpfin* y *La escalera de Bramante*. No importan los ánimos que produzcan sus obras, ambos son los escritores de mayor

visibilidad en el exterior, canónicos a todas luces y, en el caso del guayaquileño, autor traducido de una gama genérica y capacidad creativa hasta ahora inigualada.

Lloverán las “correcciones” sobre la opinión anterior en los medios digitales, que tienen sin cuidado al que no vive de ellos. El hecho es que otros tipos de apuestas cómplices por “lo nuevo” son efímeros, a veces plagiados, de consumo local, y en última instancia promotores de reyertas contraproducentes de subjetividades más ideológicas que estéticas en las que nadie gana nada. Por ende, es fructífero y, si se quiere, patriótico hacer exámenes de conciencia sobre la base de trayectorias y recepción local e internacional, sanamente objetivas, no dominados por contextos locales, por dolorosos que sean.<sup>1</sup>

Si hoy un escritor menor podría traducir su obra a otra lengua en minutos (sin la capacidad para controlar frase por frase la calidad de la traducción), es afortunado que Ansaldo se ocupa de autores cuyos logros han sido adquiridos sin esas trampas, consciente de que un panegírico no conlleva culpa o

- 
1. Para más detalles de las filiaciones, y la premisa de que la narrativa nacional reciente ya no siempre habla del Ecuador, véase Antonio Villarruel, “Años de indulgencia: sobre la novela ecuatoriana en los últimos veinte años”, en *Historia de las literaturas del Ecuador*, vol. 11, coords. Fernando Balseca y Leonardo Valencia (Quito: UASB-E/Corporación Editora Nacional, 2025), 103-16.

crítica. Es fácil suponer que algún escritor pasivo-agresivo mastica herramientas de la inteligencia artificial para avanzar y ser prolífico. El problema con esos libros “wikipédicos” en una época de fácil acceso a la red es que, no importa lo original o espontánea que parezca la erudición, no va a impresionar a nadie. Todo enlace en libros de conexiones ordenadas astutamente está a la mano de lectores espabilados que, con solo pulsar una tecla, descubren las fuentes. Ansaldo intuye que los relatos que dependen de esas “ayudas” involucran actualizaciones continuas e invisibles que socavan más la estabilidad lingüística, y por eso vale elogiar el criterio editorial de Serrano, Zapata y de la Casa Editora de la Universidad del Azuay.

Así, no cabrá duda de que “Del cuento ecuatoriano y sus contornos”, la segunda y más extensa sección de *Apuestas críticas*, confirma que Ansaldo es la autoridad en la interpretación de los lindes del relato nacional. Es notable cómo va concertando los confines genéricos e históricos en “Una mirada ‘otra’ a ciertos personajes femeninos de la narrativa ecuatoriana” —en que recurre a la *Débora* de Pablo Palacio (127-32) para corregir la postura de género (sexual) del maestro— y en “Cuentan las mujeres. Antología de narradoras ecuatorianas”, preclara introducción a su propia compilación, que marcó un hito para especificar cómo se llegó al siglo XXI de nuestras letras. Es patente que no se ocupa de obras que no sienten o ven más allá de sí mismas, produci-

das por conjuntos de datos de mala calidad, siguiendo patrones que sirven para disipar responsabilidades. No hay nada artificial en los temores de que la inteligencia artificial ya está en su punto más peligroso, y que solo seguirá creciendo; pero Ansaldo nos prevendrá.

Consecuentemente, se ha dedicado a preguntar dónde está el límite ético de lo que se escribe con inteligencia que es emocional, no artificial o menor, perspectiva necesaria en esta era de noticias falsas. Si con buena razón Ansaldo presta mayor atención a la obra de mujeres, la plusvalía de su dedicación es evitar la feminidad tóxica y sororicidio que se vive, en que ya no se esconde la envidia, sino que se la grita, publica y viraliza, generalmente creando un “gótico de la red” que, por suerte, no llega a un público mayor o internacional. Hay que desmontar las ideas que sostienen esa actitud, entre ellas mezclar el activismo medioambiental con historias basadas en privilegios personales, dejar de deshumanizarse. Pero no hay que esperanzarse en que ese proceso se vaya a dar pronto, porque sería admitir que es una forma de poder que al dividir y polarizar desata miedos. Empero, hay que animarse con que Ansaldo escribe con soltura sobre otras autoras latinoamericanas. Ese es otro libro que debe, y vale la pena esperarlo.

En una conversación entre Antoine Compagnon, Éric Marty y Alain Finkielraut sobre Roland Barthes y la novela, parte de un libro de 2006 sobre qué puede la literatura, Finkielraut (tenaz crítico de la pos-

literatura) asevera desconfiar de la costumbre de los editores de rescatar autores para consolar a sus lectores, y tiene “la impresión de emprender en sentido inverso el camino que ha llevado del bosquejo a la obra”. Compagnon opina que esa decepción es parte del proyecto (de Barthes), añadiendo, categórico, “El maestro es aquel que decepciona”, mientras Finkielraut matiza: “Él decepciona como maestro, es una decepción deseada; pero deleita como escritor”. La digna progresión de Ansaldo hace confluír ambos polos, además de sugerir implícitamente que se abandone la obsesión por una política de identidad que no beneficia al progresismo o al conservadurismo, prefiriendo el poder transformativo del universalismo libresco de Cervantes y las “pequeñas realidades”, que vincula con la *Débora* de Palacio (444).

Si esa última percepción puede causar un disenter positivo —las generaciones más jóvenes parecen esperanzadas en que venga alguien extranjero a “descubrir las” fuera de las redes sociales o de su relativa “gran” importancia en Ecuador—, Ansaldo nota muy bien los riesgos de identificar totalmente una “marca” con autoras o autores, exponiéndolos a la vulnerabilidad e inseguridad de otros que se perciben a sí mismos como pares o superiores, porque el éxito siempre engendra indignación. Hay otra realidad: por décadas Ansaldo ha sido un hito importante de la formación de prescriptores literarios nacionales, asociados con ella, sus talleres, aulas universitarias o gru-

pos de lectura. Obviamente, no se puede responsabilizar a la maestra por los devenires de sus discípulos, pero suenan varios nombres, disgregación diversa de variada recepción limitadamente costea y poco beneficiada cuando escriben sobre ellos mismos, cayendo en el amiguismo y complacencia que el mundillo exterior reconoce. Lo expresa muy bien en “¿Criticar o censurar?”: “No es bueno que el autor discuta con el crítico sobre una obra específica” (48).

Si parecerá insuficiente la atención a autores de la Sierra, no es razón para creer que Ansaldo los subestime. Menciones especiales merecen Jorge Dávila Vázquez, Eliécer Cárdenas y pocos otros. Es más, en el conmovedor homenaje “Duelo en la literatura nacional”, publicado el 30 de septiembre de 2021 en *El Universo* (10) pero omitido en *Apuestas críticas*, se dedica a co-tejar dos grandes valores, Velasco Mackenzie y Cárdenas. Del primero afirma: “Ahora que leo algunos cuentos inéditos, a pesar de que los ubica en Palestina y Nueva York, Guayaquil sigue siendo su marca, el telón de fondo de su imaginación”. De *Polvo y ceniza* del infravalorado Cárdenas, afirma: “Es una novela que todo ecuatoriano debería leer para no envidiar al Boom ni a ningún autor extranjero, porque lo tiene todo: lirismo, multivisión, pasado histórico”. Considero emblemático ese texto por rotular las condiciones que mencioné al principio, y sobre todo por machacar: “¿Qué ha hecho el Ecuador por estos autores a los que debe tanto?, es una pregun-

ta que *hoy* nos acucia y entristece” (énfasis añadido).

Ante la carencia de centros culturales nacionales e imparciales, la gestión cultural de Ansaldo es decisiva. Paralelamente, las reseñas de blogs tienden a ser operaciones de manual, tipo “Ansaldo y yo”, sin el ingenio borgeano, y desprestigian la inteligencia. No siempre se podrá estar de acuerdo con sus entusiasmos, o con las muy diversas y enjundiosas reflexiones o evocaciones que amontona o desgrana; pero siempre se deberá pensar en la honestidad que es el hilo con que teje sus escritos, mayor razón para celebrar la publicación de este libro esperado por varios años. Estas coyunturas son notables en “Celebración de la poesía”, la penúltima sección. Fiel a su título y su idea de que la poesía es “un hálito vital” (405), Ansaldo realiza una profunda lectura de *No hay naves para Lesbos*, de Zapata, y su visión multivalente y renovadora de la poesía como género. Y si eso no es poco, cotejando “los cercos que el mundo ha puesto a la homosexualidad” (416), celebra *Abrazadero y otros lugares*, de Roy Sigüenza, enfatizando así la importancia de una dupla de la mejor poesía ecuatoriana actual.

Con dos autores de diferentes trayectorias y trasfondos, Velasco Mackenzie (como novelista y dramaturgo) y Ernesto Carrión (el más logrado e innovador de su generación), Ansaldo, concentrándose en los personajes de ellos, pregunta razonablemente si la Historia debe renunciar a ser un relato, y, cuando se le da la vuelta a esa pregunta, si

una novela “histórica” es necesariamente orgullo nacionalista o identitario. En *Discípulos y maestros 2.0*, estudio comparatista de la novela hispanoamericana entre 1996 y 2019, he encomiado cómo autores que llegan a su hervor a principios de este siglo, Vallejo y Báez, se adelantan a sus contemporáneos latinoamericanos respecto a obras metatextuales significantes. Sigo preguntando por qué siguen sin ser descubiertos fuera del continente, por editoriales reconocidas.

Esa pregunta persiste para autores que optan por fórmulas que dan un éxito efímero, verbigracia las de juegos de palabra cansinos (sin embargo, a través de su libro, Ansaldo se ocupa del lenguaje coloquial de varios autores) desposeídos de contextos, o del ingenio de un Cabrera Infante. En contraste con esa práctica, Velasco Mackenzie, Carrión y Carlos Arcos Cabrera (no discutido por Ansaldo) hacen preguntarse por el uso peyorativo de la expresión “novela nacional”, cuando se puede abogar por una novela nacional “hospitalaria”, irreproducible, escrita por miembros diferentes de nuestra sociedad, un llamado más exacto para construir la historia cultural del país, como hace Diego Cornejo Menacho en su novela *Las segundas criaturas* (ausente en este libro), cuyas sutiles relecturas del canon nacional deben ser obligatorias para autores y críticos.

*Apuestas críticas* sale en un momento en que la crítica confronta los avatares del bien llamado “capitalismo de vigilancia” (término acuñado por Shoshana Zuboff),

que paradójicamente fortalecen la comparación de los logros de autores nacionales con extranjeros, metodología inaceptable para nuestra crítica, manteniendo así el provincianismo. Leída y practicada, es una crítica productiva, y es hora de acogerla, porque no somos una especie en vías de extinción. Como se repite hasta la saciedad, es un asunto de aportes humanos, porque ¿cómo se sabe si a la inteligencia artificial detrás del crítico digital se le ha dado datos fiables? Una crítica ideal hace más que examinar la superficie textual, mira detrás de la pantalla, algo que no pueden hacer las computadoras. Una razón principal para resistir esa metodología es que significa abandonar el aspecto más crítico y disfrutable de la interpretación, en Ecuador o en otro lado: leer desordenadamente para llegar a un orden que haga que los lectores no se enteren solo por conocedores fiables (allegados que tendrán su subjetividad) o por la inteligencia artificial, sino leyendo más, por sí mismos.

Será temerario expresarlo, pero Ansaldo está lidiando con el difícil rescate de una literatura comparativamente menor; en términos de su propio pasado decimonónico, sus perdurables años vanguardistas (Palacio, Salvador, Gangotena), y del desarrollo de otras literaturas de países de similar extensión e historia. He ahí la necesidad de leer comparativamente. La pregunta abarcadora es si algunos escritores menores u oscuros de Ansaldo pueden

plausiblemente ser considerados influencias significantes en la tradición continental o universal, porque, si a veces esa literatura puede ser encantadora o tediosa, es más arduo notar cómo manifiesta algo esencial sobre las tradiciones de las Américas u Occidente.

En este sentido, si no se logra hacer conexiones reveladoras, las atribuciones positivas son solo un juego de salón que conduce a exclusiones en marcos de por sí menores. Se alza imponente sobre la crítica de Ansaldo la pregunta de si en las existencias que ve novelizadas o poetizadas, si ese hurgar sin propósito, picaresco a veces, e incluso de buen corazón, que analiza, produce algo de valor, o si son un gasto de tiempo. La respuesta yace en la creación de una verdad por otros, porque en última instancia esta intelectual influyente apunta bien, es sensata, y la literatura ecuatoriana debe alegrarse de tener una crítica que desmenuza el poder otrora formativo de autores y obras que no se disuelven bajo el pensamiento políticamente correcto o el efecto chamánico de Bolaño. Cecilia Ansaldo ha redimido muchísimo más que estos textos, y se espera que otra suma de sus descubrimientos aparezca en otro libro tan elegante y cuidado como este.

**WILFRIDO H. CORRAL**

ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA  
QUITO, ECUADOR